





# CONSPIRACIÓN ANTEO

PEDRO QUEROL-01



Dante Tenet

# CONSPIRACIÓN ANTEO

PEDRO QUEROL-01



Primera edición: enero 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Dante Tenet

ISBN: 979-13-87909-96-3

ISBN digital: 979-13-87909-97-0

Depósito legal: M-2431-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

## Agradecimiento

*A Juan Carlos Frois (QEPD),  
quien acompañó la escritura de este libro y cuyos  
consejos aportaron al desarrollo del mismo.*

## Dedicatoria

*A Noemi, compañera de mi vida,  
quien con su apoyo hizo posible que cumpliera con este sueño.*





## Capítulo 1

*«El corte era perfecto, de la garganta empezó a brotar sangre y podían oírse los ruidos que hacía el anciano al abogarse con ella».*

La frase me pareció buena como final del capítulo.

Me dispuse a seguir escribiendo cuando vi que una mujer que me observaba a través de la ventana del café donde me encontraba. Era la segunda vez que lo hacía. Le hice un gesto de interrogación y por respuesta me saludó con una inclinación de cabeza y se marchó.

Me gusta escribir en lugares públicos. Por lo general, notas o ideas para desarrollar luego. Hoy, con una llovizna invernal, un café tranquilo en el Poble Sec fue mi refugio y, de no ser por esta mujer, diría que ha sido una tarde productiva. Al retomar la escritura no pude sacarme la sensación de estar siendo vigilado.

He salido del mismo pasadas las ocho de la noche. La llovizna ya era una lluvia, subí el cuello del impermeable mientras caminaba hacia la parada del metro. La calle se veía vacía; sin embargo, la sensación de ser observado se mantenía. Giré varias veces la cabeza para ver si alguien me seguía, pero no pude ver nada extraño.

Casi al llegar a Paral-lel, un hombre dobló corriendo y me llevó por delante, chocamos con tanta fuerza que debimos tomarnos de los brazos el uno con el otro para no caernos. Luego de una disculpa rápida, siguió su carrera por Tapioles en dirección al Montjuic. No terminaba de reponerme, cuando otro hombre pasó corriendo tras el primero y me miró sorprendido al cruzar a mi lado.

Seguí caminando. Al llegar al metro, no había ninguna persona en el andén. El vagón al que subí estaba casi vacío. Me senté y miré a mis ocasionales acompañantes. En una esquina, una pareja que se prodigaba arrumacos, sin importarle el mundo que los rodeaba. Más aquí, un hombre mayor de traje y portafolio, que se debió quedar después de hora en la oficina. En el medio del vagón estoy yo, y en la otra punta, una mujer joven, de no más de treinta y cinco años, con impermeable blanco, la misma que me saludó en el café.

La curiosidad pudo más, me levanté, fui hasta donde estaba y le pregunté si nos conocíamos de algún lado.

—No, no creo. ¿Por qué lo preguntas? —respondió.

—Pues porque me has saludado hace un rato desde la puerta de Bohemius y supuse que me conocías de algún lado.

—Perdona —sonríe—. En ese momento, te confundí con otra persona. —No continuamos hablando y al llegar a Sants bajamos.

Debía comprar el boleto del tren a Sitges y, al buscar el dinero, encontré en el bolsillo un papel doblado. Lo leí mientras caminaba hacia el andén, decía: «Cuidado, te tienen en la mira, eres el próximo». Parecía dirigido a mí y solo lo podía haber puesto el hombre con el que tropecé. La situación empezaba a preocuparme.

El tren estaba por salir, subí en el último vagón, casi nadie en él. Dada la hora, era lógico. A punto de cerrarse las puertas, entró corriendo la chica del impermeable blanco y se sentó unos metros delante de mí. «Casualidad, causalidad, ¿estaré paranoico?», me reí de mis pensamientos y cerré los ojos en cuanto arrancó el tren. Nada que ver afuera y tampoco adentro.

Viajé pensando que lo que había ocurrido con mi primer libro era un poco loco. Lo escribí casi como un juego, contando en él una versión novelada de las aventuras reales de un amigo que es inspector de los Mossos d'Esquadra. Tuvo una cierta repercusión y se vendió bien. Me pidieron un segundo, y también logró buenas ventas; ahora querían otro más para continuar la serie, y en él había trabajado toda la tarde.

Bajé del tren casi al final del andén. Mientras caminaba hacia la salida, sentía pasar a mi lado los vagones de la formación marchándose. La mujer del impermeable blanco caminaba más adelante, ningún otro pasajero había bajado. La lluvia se sentía fría, me calé el sombrero en la cabeza.

Al salir de la estación, giré a la derecha para ir a la parada de taxis. Normalmente camino, pero este día, entre la lluvia y la sensación de estar vigilado, quería llegar rápido a mi piso. No había ningún taxi esperando, pero sí estaba la mujer de blanco, que, cuando me vio, sonriendo, dijo:

—Vaya, parece que es un día de encuentros. Voy cerca, si quieres compartimos el primer auto que llegue, así no tienes que esperar al siguiente, que a esta hora y con este tiempo puede demorarse un buen rato.

«Epa, ¿será ella la que me sigue? Ya son muchos los encuentros», pensé; pero respondí con mi mejor sonrisa:

—Sí, cómo no, muchísimas gracias.

Me contó que hacía poco se había mudado, que fuera de temporada le resultaba más barata la renta que en Barcelona y que el viajar todos los días no le molesta. También me preguntó si hacía mucho que vivía aquí, a qué me dedicaba y demás.

Eran preguntas normales para dos personas que recién se conocen, pero hoy me sonaban sospechosas. Quizás estaba simplemente en plan de ligue y yo sospechando de cada cosa que decía. Le contesté con amabilidad, pero sin dar muchos detalles. Que soy escritor, que he venido al pueblo en busca de tranquilidad para terminar una novela y luego no sé si seguiré aquí o regresaré a Barcelona.

Cuando llegué el auto, subimos y ella esperó a que diera mi dirección, para luego decirle al conductor:

—Yo voy un poco más lejos, cuando el señor se baje le indico.  
¿Me pareció a mí o ex profeso omitió dar la suya?

Cuando llegamos, pagué mi parte y nos despedimos, ella hizo un último comentario:

—Estás casi sobre la playa, yo suelo correr por el paseo marítimo, quizá nos veamos algún día. Por cierto, mi nombre es Elena.

—El mío, Pedro —balbuceé desde abajo del auto. No sé qué me pasaba esa noche, pero, si ella quería ligar, no creo que después de mi actitud me quisiera reconocer la próxima vez que nos viéramos.

Vivo en un cuarto piso y, mientras esperaba el ascensor, a mis espaldas se golpeó fuertemente la puerta de entrada; me di vuelta sobresaltado.

—Chaval, ¿qué te pasa? —preguntó Trini, que es quien había entrado con su hermana Encarna, dos andaluzas muy alegres que viven en el tercer piso—. Estás blanco como papel.

—Es que me ha asustado el ruido de la puerta, mañana pediré que arreglen el freno para que no se golpee.

—Menudo tiempete —comentó Encarna—. Oye, ¿llegaste acompañado o me pareció a mí?

—Menos averigua Dios y perdona —le contesté riéndome.

## Capítulo 2

Al salir del ascensor, frente a mi puerta habían dejado un sobre, lo recogí y entré. El departamento, ubicado frente al mar, cuenta con una sala de estar espaciosa y dos balcones, uno directo a la playa y el otro lateral, que me permite ver todo el paseo marítimo. Conecté la calefacción, preparé un emparedado y me senté a escribir: quería continuar desde donde había dejado en el bar, el escritorio donde trabajo está orientado mirando al océano.

*«El inspector Oderigó revisa la escena con cuidado».*

Solo esa línea tenía escrita cuando miré a través del ventanal: en el mar apenas si se divisaban las luces de un barco, cuando, de pronto, vi pasar caminando a la mujer con impermeable blanco. ¿Qué hacía a esa hora frente a mi casa? Eran casi las tres de la mañana. Tantas casualidades y la nota en mi bolsillo me dieron una idea, y la incorporé a la trama de la novela.

*«El inspector Oderigó revisa la escena con cuidado, pregunta a su asistente si se sabe algo más de la misteriosa mujer de impermeable blanco».*

Cuando escribo, suelo conversar con una musa: si esto se supiera, algunos podrían tomarme por loco. Son muy vívidas las conversaciones que tengo con ella. Al principio, solo hablaba en mi mente. Lo tomé como un recurso de mi imaginación para ayudarme a escribir, algo así como un contrapunto conmigo mismo. Pero, con el paso del tiempo,

hasta la puedo visualizar; esto último sucede desde que se presentó formalmente como Melpómene. Opina sobre lo que escribo, sobre mi vida y sobre todo lo que se le ocurra. En un principio, me preocupó esta conversación imaginaria, pero, ahora, hasta hay veces que la espero.

En ese momento, no la esperaba, pero ella apareció y me saludó con sorna.

—¿Te ayudo, poeta?

Tengo claro que es mi imaginación quien la hace aparecer, pero es muy real. No es un eco de lo que pienso; todo lo contrario, tiene actitudes muy independientes. Hice un largo silencio antes de responderle y le conté la idea que estaba desarrollando con la mujer del impermeable. No quería que la criticara tan pronto, solo llevaba escritas algunas páginas.

—No, gracias, voy bien y no necesito de tus interrupciones.

—Quédate tranquilo, no pienso decir nada por ahora, espere-mos que tengas unas diez carillas y veamos qué sale.

Le conté que me había sentido vigilado toda la tarde y, además, alguien puso una nota misteriosa en mi bolsillo.

—¿Qué piensas de todo esto? ¿No será que tú lo imaginaste?

Me hizo dudar, pero nos cruzamos varias veces; además, tengo esa visión de ella, caminando sola frente a mi ventana y la nota. Algo real hay detrás de mis sospechas.

—¿Y si me siguen con algún propósito?

—No lo puedes saber, hasta que no tengas otro encuentro, no podrás estar seguro. Mientras tanto, ¿por qué no paras de pensar en cosas extrañas y continuas con la novela ahora que puedes? Tu editor te está apremiando.

Tenía razón, me quedé callado, pensando cómo seguir. Ella aprovechó para despedirse con un comentario irónico, tal como es su estilo:

—Me marchó, aquí no puedo hacer mucho más, mientras el señorito se mira el ombligo.

Bajé la vista al teclado y en eso vi el sobre que levanté al entrar. Al abrirlo, había una invitación: «El Sr. Robert Pole tiene el agrado

de invitarlo a Ud. a la cena que ofrecerá el próximo domingo», bla, bla, bla. No tenía idea de quién era ni por qué me invitaba a una cena. Escribí toda la noche y me fui a dormir con las primeras luces del día.

Al despertarme, ya habían pasado las dos de la tarde. En el teléfono había varios mensajes esperando respuesta: uno, de Astigarraga, mi pueblo, donde un primo me informaba que la tía Mari pedía que regresara. Otro, de mi amigo Francisco, que quería saber cuándo pensaba ir a Barcelona, y así nos veíamos.

Contesté con inquietud el mensaje que recibí del País Vasco: pregunté cuál era el motivo, si a la tía le había pasado algo. Ella no usa teléfono, por eso se comunica a través de mi primo. Este respondió muy lacónico que ella estaba bien y que había pedido que yo regresara tan pronto como pudiera. Mari, mi tía, es un personaje fuerte en la familia, todos la respetan y obedecen. No podía ser menos, reservé el boleto de Barcelona a San Sebastián para el día siguiente. Le avisé a Francisco de que me iba a Donostia, que pasaría la noche en Barcelona en su casa, así estaría más cómodo, para tomar el avión que partía muy temprano. Y continúe con la historia que había comenzado por la noche:

*«La sospechosa ha sido vista manejando el automóvil del muerto por la carretera que va a Girona».*

En eso estaba, cuando apareció Mel, la musa, y me dijo:

—Vas bien con lo que llevas escrito y te ayudará a ver a la tía después de tanto tiempo, mándale mis saludos.

—¿Que le mande tus saludos? ¿Y tú de qué la conoces?

—Somos viejas amigas —dijo y amagó irse.

—Espera, espera, ¿cómo que son viejas amigas?

—Pregúntale a Mari —dijo y se fue sin agregar más.

Ordené mis cosas, preparé una mochila y partí para Barcelona. Esa noche dormiría en la casa de mi amigo Francisco Carrasco,

inspector de los Mossos d'Esquadra y en quien me había inspirado para la saga de Paco Oderigó.

Habíamos quedado en encontrarnos en la Whiskería alrededor de las nueve de la noche. Es nuestro sitio de reunión habitual. Ezequiel, uno de los dueños, es un amigo en común. En este bar de *whisky* solemos reunirnos a puertas cerradas los jueves, luego de jugar al fútbol.

Bajé del tren en Sants, tomé el metro hasta Diagonal, de ahí caminé por paseo de Gracia hasta el bar; el tiempo era agradable y me sentía bien. Me detuve frente a Mango a mirar la vidriera, cuando, reflejada en el escaparate, vi pasar a la mujer misteriosa. Me di la vuelta rápido, pero ya se había perdido entre la multitud.

Al llegar a la Whiskería me recibió Ezequiel, subió conmigo hasta la planta alta y me preguntó si estaba en problemas. Le dije que no, que me había llamado mi tía de Astigarraga y que la iba a visitar. Él se marchó a seguir con lo suyo y yo me quedé pensando: «En realidad, ¿por qué voy a Donostia? ¿Solo por el llamado de Mari o también por un pasado de magia y poderes que dejé atrás cuando murió mi madre? ¿Todo aquello era real o solo las creencias de un niño que creció entre leyendas?».

Toda mi familia vive en un caserío en Astigarraga. Pero también está la finca subiendo al monte, donde antes vivía mi abuela y ahora vive mi tía. El ir a la casa de la montaña siempre estuvo rodeado de misterio. Los hombres no pueden ir sin permiso y, cuando lo hacen, es para realizar labores durante el día. En ella siempre habita una mujer sola, antes mi abuela, ahora mi tía. Y solo baja al pueblo para asistir a un parto o por alguien muy enfermo.

Una vez oí discutir a mi madre con Mari, ella le decía que la masía le correspondía por derecho y Mari le respondió muy cortante:

—El derecho lo perdiste al parir; ahora será del niño, si lo quiere tomar algún día.

Con mis padres dejamos el caserío familiar y nos marchamos a San Sebastián poco después de esta discusión. No tengo muchas memorias de esos días: solo que mi madre estaba siempre



temerosa de que algo me pudiera suceder. Por suerte, pude hacer un amigo, Francisco. Los dos somos de la misma edad y nuestros padres, ambos policías, trabajaban juntos. También por ese motivo los perdimos al mismo tiempo: eran parte de la custodia cuando el atentado de ETA en la estación de Marturene.

Recuerdo sí, con claridad, que mi madre le había rogado a mi padre que ese día no fuera a trabajar, que tenía un mal presentimiento. Él, siempre confiado y muy seguro de sí mismo, le había dicho:

—Mujer, no puedo dejar de cumplir con mi deber por tus presentimientos. —La besó en los labios y se marchó. Mi madre permaneció sollozando un rato y luego comenzó a recitar, como si fuera una letanía, una y otra vez «*Eguzkiak arriskutik babesten zaitu*». Mucho tiempo después supe que decía «El sol te protege del peligro».

Habrían transcurrido dos horas de la partida de mi padre, cuando mi madre profirió un grito agudo, se encerró en su cuarto y no quiso hablar más con nadie. Cuando llegó la comitiva a informarnos de lo acontecido, los atendió vestida de luto, como si ya supiera lo que había pasado; no dijo una sola palabra y regresó a su habitación. Pasó una semana. A mi madre casi no la veía desde el sepelio, yo con quince años no entendía nada. La madre de Francisco era quien me daba de comer y cuidaba, y ella fue quien se comunicó con la familia en Astigarraga y les pidió que viniera alguien, que mi madre no estaba bien.

Al día siguiente, llegó la tía Mari. Me abrazó con mucho afecto y dijo:

—No te preocupes, yo los cuidaré. —Y se encerró con mi madre.

A la media tarde salió y se puso a cocinar, sin decir palabra. Comimos unos pinchos y un marmitako de bonito, los dos en silencio; mi madre no salió de su cuarto. Al finalizar me dijo:

—Tu ama está con mucho dolor, tú eres el hombre de la familia, pero todavía eres muy joven para tomar esa responsabilidad.

Vendréis ambos al monte conmigo, hasta que ella se cure. Ahí tendréis lo que necesitéis.

Al día siguiente, me despedí de Francisco y partimos. El tiempo que vivimos en la montaña diría que fue agri dulce: ayudaba a mi tía cuidando los animales, estudiaba y tenía toda la libertad del mundo para corretear por el bosque. Por otro lado, veía a mi madre languidecer de a poco. Cuando estaba por cumplir dieciocho años, terminando la escuela media, me llamó un día Mari y me dijo:

—Hijo, ¿has pensado lo que quieres estudiar de ahora en adelante? Te pregunto por dos temas importantes: uno, que te convertirás en un hombre muy pronto y entonces ya no podrás vivir aquí. Y el otro es que no quiero ponerte triste, pero tu ama no quiere vivir más y se marchará pronto. Ese es su destino.

A los pocos días, al ir a despertar a mi madre, la encontré muerta con una sonrisa en los labios. Mari, que estaba detrás de mí, solo dijo:

—Anoche nos despedimos. Me pidió que te dijera que la llamas cuando la necesites, que siempre estaría a tu lado.

Mi amigo Francisco, por esos días, se mudaba a Barcelona con su madre y su hermana. Salvo Mari, no tenía ningún lazo que me retuviera y decidí irme también para Barcelona. Siempre me había gustado escribir y en la Universidad Autónoma quería cursar Lengua y Literatura Españolas. Así se lo informé a mi tía, pensando que se iba a enojar por no quedarme en el terruño. Por el contrario, casi lo tomó como un alivio. Me dijo que le parecía bien y que no me preocupara por lo económico, que la familia proveería.

Han pasado doce años, nunca regresé. A los dos de estar en Barcelona, empecé a trabajar de cadete en una editorial, la misma que hoy me publica; pude mantenerme solo y ya no necesité más ayuda familiar. En esa ocasión, Mari llamó por teléfono, a pesar de que odiaba usarlo, y me dijo:

—Hijo, tu destino está escrito, todavía no es el momento, pero ya llegará, y, cuando así sea, vendrás y te harás cargo de lo que te pertenece por legítimo derecho.

Hoy, trago de por medio, mientras esperaba a mi amigo, sus palabras resonaban en mi cabeza. ¿De qué destino me hablaba? ¿Sería ahora ese momento?

Francisco llegó cansado, se dejó caer en el sillón y preguntó:

—¡Bueno, chavall! ¿Cómo dices que te va?

Le comenté del llamado, que nunca en tanto tiempo desde que había venido Mari me había pedido que fuera. Que me dijeron que estaba bien, que solo quería verme. Los de allá arriba no son de dar muchas explicaciones.

—¿Y qué esperas encontrar cuando llegues?

—No sé, me intriga, ya veremos.

Aproveché para contarle de la mujer misteriosa, de la nota y de mi sensación de estar vigilado; que ese mismo día la había reconocido reflejada en una vidriera, mientras pasaba caminando detrás de mí. Ezequiel llegó en ese momento con unas bravas y no hablamos más del tema. Cuando nos marchamos a su casa, Francisco no pudo con su alma de policía y me dijo:

—Es muy raro lo que me cuentas, hablaré con la delegación de Sitges a ver si tienen algo.



## Capítulo 3

Viajé liviano, como si fuera un senderista más de los que recorren Guipúzcoa, una mochila al hombro con un par de mudas y una camisa. Al salir del aeropuerto, el viento y la lluvia me dijeron: «Bienvenido a casa».

Los recuerdos vinieron en tropel, y ahí mismo decidí darme una vuelta por San Sebastián.

Fui hasta el Peine del Viento y despacio bordeé Ondarreta; al llegar a La Perla, no sé si los recuerdos o la lluvia me hicieron entrar.

Un café, al lado de la ventana, mirando el mar, me ayudó a ordenar las ideas. Un poco para recordar, pero también para llegar despacio, incorporando todo lo que había dejado atrás hacía tantos años.

*Izēba* Mari no me llamaba porque sí, una puerta cerrada hace muchos años estaba por abrirse.

Pensé en pasar por el caserío familiar antes de subir a la casa de la montaña, pero desistí. Nunca he tenido buena relación con mis primos. De Astigarraga quedaban tres kilómetros de trepada por el monte y los encaré, por suerte ya no llovía. Cerca del mediodía, llegué a la verja que rodea la finca. Todo se veía tal como lo recordaba: luego de cruzar el portón de la entrada, el camino gira a la izquierda y se puede ver la casa recortada en el cielo con la Bahía de La Concha de fondo.

En la puerta, como soldado de guardia, vestida negro y pañuelo del mismo color en la cabeza sujetándole el moño; alta, rubia y del-

gada, me esperaba mi tía. Me abrazó como si fuera el adolescente que retornaba del colegio y no el hombre que volvía después de tanto tiempo. Entramos sin decir palabra, solo el fuerte contacto corporal.

No más cerrar la puerta dijo:

—Ve a tu cuarto, deja tus cosas, lávate las manos y ven a almorzar, que tenemos mucho de qué hablar. —Todo en tono imperativo, para ella seguía siendo un niño.

Mari era para el exterior una figura respetada y temida; hosca, de pocas palabras, mirada fuerte y sin vueltas a la hora de decir las cosas. Pero conmigo era mi tía madre, siempre tierna y solícita. Mientras comíamos me preguntó por mis libros, me dijo que extrañaba mi ayuda con los animales y la huerta. Que mis primos eran unos holgazanes que no subían nunca a echar una mano y que se había puesto muy contenta al sentir hoy que yo estaba llegando.

—¿Cómo sabías cuándo iba a llegar? —le pregunté asombrado.

Sonrió por un momento antes de contestar y luego, como si le hablara al Pedro de quince años, me dijo:

—Niño, no hay nada que tenga que ver contigo que yo no sepa o sienta. Cuando tu madre entregó su mente y su alma al morir, me traspasó el vínculo que os unía. Te contaré: ella era la *sorgiña* más poderosa de la familia, quien reunía el aquelarre y la destinada a recibir el poder de la tierra. Cuando se enamoró de tu padre y te concibieron, no pudo retener sus dones, pero sí legarle a su hijo los poderes del *Urtzi*, literalmente, ‘el del cielo’. Y ahora tú regresas a buscar en tus orígenes la fuerza que te ayude a sortear los peligros que se avecinan.

—No te entiendo: ¿de qué hablas?, ¿qué peligros se avecinan?, regresé porque tú me llamaste.

Yo no salía de mi asombro. Desde mi infancia creía en las leyendas que me contaban, como cree un niño en el *Olentzero* o Papá Noel, y al crecer las deja atrás. Pero, en ese momento, estaban reviviendo con toda su fuerza.

—Te llamé porque este es el momento de que sepas sobre la herencia que has recibido. Tu misión es la de iluminar, nadie puede decirte cómo; cuando llegue tu hora, lo sabrás. Y ahora te tengo que enseñar cómo defender la luz.

En los días siguientes, recibí un curso acelerado de «magia vasca». Algo que nunca había soñado que pudiera existir: cómo tomar la energía de los cuatro elementos originales, aire, agua, tierra y fuego, y usarla para modificar nuestro entorno. Muchas de las invocaciones me estaban vedadas por ser hombre; solo podía usar la luz y el fuego.

El jueves salimos de la casa y fuimos hasta Erratzu. Mari quería recoger un pedazo de piedra de un megalito llamado *Errolan-ena*. La leyenda cuenta que Errolan, un personaje mítico, la habría tirado. La piedra proveía a quien la llevara su fuerza inigualable. Sobre-salía del suelo y en una de sus caras se podían ver cinco ranuras. La creencia popular contaba que esas eran las marcas de los dedos de Errolan cuando la lanzó.

La trepada fue energizante, lo que había aprendido me permitía ver de una manera distinta la naturaleza que me rodeaba. Al llegar al monolito, Mari me hizo mirarlo con mucha atención y me dijo:

—Hijo, nunca sabremos si los mitos generan realidades o las realidades a través de los siglos generan los mitos. Pero es el paso de tantas creencias a lo largo del tiempo, tanta energía puesta en movimiento, lo que hace que se funda una cosa con la otra y se genere una nueva realidad. Hoy venimos a buscar un poco de esa energía en la piedra y la llevaremos como amuleto. Te servirá para focalizar y aumentar tu voluntad. Recuerda que tu nombre es Pedro por piedra. —Sacó de su bolsa un cincel, cortó un pedazo y me lo dio.

A media tarde, estábamos de vuelta en Astigarraga, de ahí tomaría algo que me llevara al aeropuerto. Mi tía, antes de subir al bus, me dijo:

—Lleva siempre la piedra contra tu pecho y, cuando estés en problemas, cúbre-la de luz como te enseñé: ella te dará la fuerza que necesites.

Llegué a Sitges con el tren de las ocho y media de la noche. En los días que pasé en la montaña, me había olvidado un poco de todo. Pero no bien di un paso por el andén apareció a mi lado Elena y me saludó:

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? Te he buscado cuando corría por el paseo, pero no te vi.

—Bien —le contesté sorprendido—. ¿Qué haces tú aquí?

—Vine a despedir a unos amigos.

La percibí distinta, no sé si porque las enseñanzas de Mari me habían incrementado la percepción de las cosas. Pero, si estaba siguiéndome, ya no era algo que me preocupara. Le contesté tan cortés como pude:

—Resolviendo problemas familiares. —Y continué caminando sin esperar respuesta.

—Bueno, ya estás de vuelta, con un poco de suerte nos vemos, quién te dice —respondió y se fue.

Caminé hasta mi departamento. La llegada del otoño se hacía sentir y las calles se veían menos animadas. No bien dejé las llaves, al encender la luz, apareció mi extraña musa.

—Cuéntame, cuéntame cómo te fue con Mari.

—Mari me dijo que me esperan serios peligros, ¿tú sabes algo?

—No, no sé nada.

—Me enseñó algunas cosas, pero esto de la magia y las energías es algo de toda la vida, no de tres días en la montaña con mi tía.

—No creas, tus genes se remontan a muchas generaciones en el pasado y son muy poderosos. Tu tía no solo te enseñó en estos días, sino que, sin que lo supieras, te estuvo preparando cada año que viviste con ella —dijo y se marchó.

Cené liviano y me fui a la cama.

El sol que entraba por el balcón me despertó. Había dormido muy bien, mi primera idea fue continuar con la historia que había dejado inconclusa por el viaje. Pero vi por el ventanal lo bueno que estaba el día y decidí irme a pasear al lado del mar.



En la planta baja del edificio donde vivo, se encuentra Glamour, un bar simpático, donde suelo desayunar. Consuelo, que es quien atiende por la mañana, me trajo lo que tomo siempre sin necesidad de pedírselo: café doble, zumo de naranjas y tostadas con mermelada. Todavía no circulaba mucha gente por el paseo.

A eso de la diez de la mañana, comencé a caminar. Quería llegar hasta Vivero, el club de playa que se encuentra donde termina la costanera y regresar, serían unos mil quinientos metros. El sol en la cara, el ruido de las olas, todo parecía estar dado para disfrutar la caminata.

Pero, siempre hay un pero, cuando había recorrido un corto trecho, una mujer pasó corriendo a mi lado, como si estuviera escapando de alguien. Mi suposición se confirmó al instante cuando dos tíos vestidos de traje y corbata pasaron tras ella.

Miré con atención y era Elena, quien me había estado rondando desde hacía más de una semana. Ella se les alejaba paso a paso, pero sus perseguidores no desfallecían. Pensé que, cuando salieran de la costanera, si no conseguía eludirlos, quedaría en una zona muy solitaria y a su merced.

Los miré alejarse, en menos de un minuto me habían sacado más de cien metros. Tenía que ayudar a la dama en apuros. Estaba en eso, cuando vi que tropezaba y se caía. Cuando se levantó, rengueaba.

Miré a mi alrededor y, estacionado frente a El Indiano, uno de los muy buenos restaurantes de playa, estaba el carro eléctrico de Osvaldo. Un personaje muy bizarro, puesto por el ayuntamiento para vigilar la limpieza y poco más. Él lucía su uniforme como si fuera un guardia civil, cosa que le hubiera encantado ser.

Corrí hacia él y le grité:

—¡Osvaldo, Osvaldo, le van a robar a esa mujer!

—¿Dónde?

—Allí adelante, la mujer de blanco y los dos tipos de traje —le dije, al mismo tiempo que me subía al carro y lo ponía en marcha.

Él subió detrás mientras gritaba:

—Tú no estás autorizado para manejar este vehículo.

La mujer casi había llegado a la explanada que da entrada a Vivero. Era cuestión de segundos para que la alcanzaran. Mientras nos acercábamos, pude ver cómo uno de ellos la tomaba del brazo, mientras ella trataba de zafarse y seguir huyendo. Nosotros ya estábamos a menos de cincuenta metros y Osvaldo gritó a más no poder:

—¡Alto, alto, en nombre de la ley!

El que iba más atrás se volvió como para enfrentarnos, mientras que el otro trataba de reducir a la mujer. Lo esquivé, amagué hacia mi derecha y cambié la dirección para la izquierda. Apunté con el carro directamente al otro, tenía claro que si lo golpeaba quedaría fuera de combate y sería más fácil lidiar con uno solo.

Le avisé a Osvaldo:

—¡Agárrate fuerte! —Y lo atropellé.

No salió como había pensado, pues, cuando el choque era inminente, se corrió y solo lo pude golpear en la pierna, pero eso fue suficiente para que la soltara. Ella nos miraba sin entender lo que sucedía, Osvaldo y yo le dijimos:

—¡Súbete, que te sacaremos de aquí!

No dudó mucho y se trepó al carro, pegué la vuelta y regresamos por donde habíamos venido. Miré sobre el hombro a los agresores y pude ver que desistían de su propósito y se marchaban por una de las calles laterales, uno de ellos cojeando.

Nos detuvimos casi al comienzo del paseo, Osvaldo eufórico con su aventura pseudopolicial. Traté de calmarlo, le dije que no difundiera lo sucedido, que en el ayuntamiento no verían bien que hubiera usado el material provisto en un tema así. Se marchó no muy convencido. Estaba seguro de que, en poco tiempo, todos en el paseo sabrían de su aventura. Miré a Elena, que con su escape había interrumpido mi tranquilo paseo matinal; estaba toda vestida de blanco, calzado deportivo y chándal, pelo rubio, facciones agradables, con signo de determinación en ellas, unos ojos verdes profundo, que costaba mirar sin bajar la vista, un metro setenta de altura y un

cuerpo bien modelado. Debí haberme tomado demasiado tiempo evaluándola, pues, cuando terminé, todavía agitada, me dijo:

—Hombre, que ya nos conocemos para que me mires de ese modo. Y, por cierto, espero haber pasado la prueba visual. De todos modos, ¡gracias!

—Perdona, no quise ser grosero, vi tu carrera e intervine, ahora mismo no sé si hice bien, quizás eres una ladrona y esos hombres son policías que querían capturarte.

Soltó una risa a boca llena y contestó:

—Nada más lejos que ser policías: son dos custodios a sueldo de alguien que se cree muy importante.

—¿Y tú eres...?

—Yo soy la que va a cortarle los pies de barro a su jefe.

La frase no decía mucho tampoco, pero era evidente que le costaba estar de pie. Sugerí que nos sentáramos en una de las mesas de Glamour. Aceptó y ni bien lo hicimos apareció Consuelo, más interesada en evaluar quién estaba conmigo que en tomarnos la nota.

Pedimos un par de refrescos y, en cuanto se marchó, fui directo al hueso:

—Bueno, ahora es el momento en el que me dices quién eres, por qué te perseguían y si estoy fuera de la ley por haberte ayudado.

Se tomó su tiempo para contestar, bebió un trago, buscando las palabras para darme una respuesta. Yo había decidido permanecer en silencio. Si rescatarla me creaba problemas con la ley, podría justificarlo sin inconvenientes, alegando que vi una mujer que era atacada; Osvaldo sería un testigo inmejorable.

—Soy investigadora de seguros —dijo de pronto—. Estoy vigilando a alguien que creemos que tiene un cuadro de Paul Cézanne desaparecido en el año 2000, *Vista de Auvers sur Oise*, valuado en cuatro millones de euros.

Hizo una pausa, esperando alguna pregunta. Cambié de tema y le pregunté por su pierna.

—Es la rodilla, nada que con hielo y una píldora de diclofenaco no se arregle. ¿Y tú sobre qué escribes además de salvar damas en apuros? —me preguntó con una sonrisa.

—Soy escritor de novelas policiales —respondí.

—Bueno, si recupero la pintura, podrás escribir mi historia —me dijo, riéndose.

Hablamos un rato más, mientras tomábamos los refrescos. Le ofrecí llamar un taxi para que la viniera a buscar. Me agradeció, pero me dijo que estaba cerca, que no lo necesitaba.

—Para cualquier cosa que precises, vivo aquí arriba, en el cuarto piso —le dije, y nos despedimos.

La vi irse cojeando y me quedé pensando que no quería que supiera dónde vivía.

## Capítulo 4

Fui hasta la entrada de los apartamentos, mientras reflexionaba qué loco que era todo: había salido a caminar y volvía con una aventura policial a cuestas. Mi supuesta perseguidora era perseguida y yo la había salvado. Trini estaba esperando el ascensor, me miró de arriba abajo y luego de saludarme comentó:

—Chaval, ¿has estado en el gimnasio, que se te ve más grande?

Me reí, le dije que no, que para nada; puso cara de no creermelo y bajó en su piso. De todos modos, me dejó pensando: desde que llegué de Astigarraga la noche anterior, había sentido que tenía más fuerza. Preparé un sándwich de jamón y queso, me lo comí tomando una copa de vino y me fui a dormir la siesta.

Al despertarme, llamé a Francisco para informarle que estaba bien y me sorprendió al pedirme que fuera a Barcelona a reconocer el cadáver de un hombre que habían encontrado acuchillado en el Montjuic.

—¿Por qué necesitas que yo lo reconozca? —pregunté extrañado.

—Por dos motivos: el más importante es que tenía una foto tuya con tus datos escritos en el reverso; y el otro, porque creo que es quien te puso la nota en el bolsillo.

Quería tomarme el fin de semana para escribir y descansar, le pregunté si estaba bien que fuera el lunes por la mañana. Me respondió que sí y cortamos.

Con Mari me comunicaría más tarde, en la montaña me enseñó una forma especial para hacerlo.

Durante lo que quedaba del sábado y el domingo, corregí lo que había escrito y terminé los dos capítulos que me reclamaban.

El lunes llegué a Barcelona a media mañana, nos encontramos con Francisco y me acompañó a la morgue a reconocer el cadáver. De inmediato, vi al hombre que había tropezado conmigo, tenía un puntazo en los riñones y había muerto desangrado. Francisco pidió que me tomaran declaración y mientras lo hacía se me ocurrió un detalle que los podría ayudar a identificar al agresor.

—Este hombre vino corriendo por Paral·lel y dobló en Tapioles, donde me atropelló —les informé—. Creo que pueden encontrar alguna cámara que lo haya tomado, tanto a él como a su agresor, que debería venir unos diez segundos atrás.

—Es un buen dato, lo investigaremos —comentó Francisco—. Pero ahora lo que más me interesa es saber qué tiene en común contigo, cómo se hizo de una foto tuya y por qué te dejó esa nota. Seguro que algún peligro te acecha.

—No tengo la menor idea, salvo las apariciones de Elena, demasiado repetidas para ser casualidad.

Me contestó que, cuando lo identificaran, podríamos saber más, que anduviera con cuidado. Me quedé ese día en Barcelona y regresé a Sitges el martes por la mañana. Aproveché para escribir, ahora que la inspiración fluía no quería que se cortara. El miércoles mandé todo a la editorial y me di vacaciones. Abril estaba muy placentero, los días eran soleados, con veintidós grados cerca del mediodía y sin turistas, pues la temporada todavía no había comenzado. Cuando estaba por salir a hacer una caminata, Francisco llamó y me pidió que fuera a Barcelona lo antes posible. Al salir de Sants me estaba esperando con su auto.

—¿A qué viene tanto apuro? —pregunté.

—El hombre muerto en el Montjuic era un operativo encubierto de la contrainteligencia española en Tánger y ahora vamos al CNI a hablar con ellos.

—¿Qué tengo que ver yo con el Centro Nacional de Inteligencia?

—Mira, es mejor ir cuando te llaman que no hacerlo y que ellos te vengan a buscar.

Argumento rotundo. Por suerte, fui acompañado por Francisco, pues en la Dirección de Inteligencia todo parecía amenazante. A medida que atravesábamos pasillos, sentía que todos me miraban como si fuera un sospechoso. Pasamos a una sala de reuniones, con un gran televisor en una de sus cabeceras. Al sentarnos, nos ofrecieron café.

Mientras lo tomábamos, aparecieron dos agentes, los llamé así porque nunca se identificaron, aunque uno de ellos se conocía con Francisco, pues se saludaron con confianza. Los dos parecían calcados uno de otro: alrededor de un metro ochenta, pelo corto, facciones regulares, vestían de saco y corbata, y traían consigo como un halo de misterio. Fueron directo al asunto.

—¿Conocía o había visto usted con anterioridad al muerto? —comenzó el interrogatorio el más joven de los dos.

—No, nunca lo había visto antes del día en que tropezó conmigo.

—Y esta foto que él tenía de usted, ¿sabe cómo la obtuvo?

—No sé cómo la obtuvo, pero sí puedo decirles de cuándo es. No suelo vestirme de traje y corbata seguido, esa debe ser de febrero de este año, cuando participé en una mesa redonda en BCNEGRA, el festival de literatura negra de Barcelona. Es más, por lo que se puede ver al fondo, estoy casi seguro. Por otro lado, no es una foto que me haya sacado alguien que conozca, pues la habría visto.

—O sea, alguien tomó fotos tuyas con algún propósito que no conocemos hace más de dos meses —acotó Francisco.

—¿Usted podría reconocer al hombre que pasó persiguiendo al muerto si lo viera? —preguntó el mayor.

—Sí, supongo que sí, pues él me miró cuando pasó corriendo. ¿Ya lo han podido identificar por las cámaras?

—Esa información es reservada —respondió el joven.

«Reservada», dijo, se olvidaba de que el que podía estar en peligro era yo; casi le contesté, pero decidí callar. Me llamó la atención

que la historia de la mujer que me perseguía nunca saliera en la conversación. Desconocía qué había dicho Francisco, y entonces preferí no hablar del tema. La reunión no dio para mucho más, salí sin entender bien por qué me habían llamado y así se lo comenté a Francisco cuando salimos.

—Dime, no entiendo para qué vine, ¿de qué se trató eso?

—Tienen una forma aristocrática de dirigirse al resto, pero ya está, ahora veamos qué tenemos en realidad.

—Sí, en principio, la respuesta de que es información reservada la identidad del supuesto asesino, cuando yo podría ser el siguiente en su lista, no me gustó. Por otro lado, nadie dijo nada sobre Elena.

—Eso es porque no he querido informarles, pues iba a enredar todo el asunto y, además, lo único que tienes son encuentros que pueden ser simplemente casuales.

—No tan casuales, si piensas que la primera vez que la vi fue la noche del asesinato y, además, el sábado la rescaté de una confusa persecución.

—¿Cómo es eso de que la rescataste?

Le conté lo que había sucedido y se quedó pensativo.

—Bueno, deberemos investigarla, pero hasta ahora no tienes nada que la pueda relacionar con una operación de Inteligencia.

Nos despedimos y regresé a Sitges. Al llegar, me recibió una lluvia torrencial, no me quedó otra opción que quedarme en casa y escribir:

*«En Girona, al inspector Oderigó lo esperaba otro cadáver, una mujer de mediana edad asesinada con el mismo modus operandi: degüello».*